

AVES SIN NIDO

Clorinda Matto de Turner

Aves sin nido



© - STOCKCERO - ©

Matto de Turner, Clorinda

Aves sin nido. – 1ª. ed. – Buenos Aires : Stock Cero, 2004.

192 p. ; 23x15 cm.

ISBN 987-1136-15-3

1. Narrativa Peruana. I. Título

CDD Pe863

Copyright © Stockcero 2004

1º edición: 2004

Stockcero

ISBN N° 987-1136-15-3

Libro de Edición Argentina.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Printed in the United States of America.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

stockcero.com

Viamonte 1592 C1055ABD

Buenos Aires Argentina

54 11 4372 9322

stockcero@stockcero.com

Clorinda Matto de Turner

Aves sin nido



Indice

<i>Proemio I</i>	<i>vii</i>
Primera parte	
<i>Capítulo I</i>	<i>1</i>
<i>Capítulo II</i>	<i>3</i>
<i>Capítulo III</i>	<i>7</i>
<i>Capítulo IV</i>	<i>9</i>
<i>Capítulo V</i>	<i>11</i>
<i>Capítulo VI</i>	<i>15</i>
<i>Capítulo VII</i>	<i>18</i>
<i>Capítulo VIII</i>	<i>20</i>
<i>Capítulo IX</i>	<i>24</i>
<i>Capítulo X</i>	<i>27</i>
<i>Capítulo XI</i>	<i>30</i>
<i>Capítulo XII</i>	<i>31</i>
<i>Capítulo XIII</i>	<i>33</i>
<i>Capítulo XIV</i>	<i>37</i>
<i>Capítulo XV</i>	<i>43</i>
<i>Capítulo XVI</i>	<i>47</i>
<i>Capítulo XVII</i>	<i>49</i>
<i>Capítulo XVIII</i>	<i>51</i>
<i>Capítulo XIX</i>	<i>53</i>
<i>Capítulo XX</i>	<i>56</i>
<i>Capítulo XXI</i>	<i>59</i>
<i>Capítulo XXII</i>	<i>62</i>
<i>Capítulo XXIII</i>	<i>66</i>
<i>Capítulo XXIV</i>	<i>70</i>

<i>Capítulo XXV</i>	74
<i>Capítulo XXVI</i>	76
Segunda parte	
<i>Capítulo I</i>	79
<i>Capítulo II</i>	82
<i>Capítulo III</i>	85
<i>Capítulo IV</i>	88
<i>Capítulo V</i>	91
<i>Capítulo VI</i>	96
<i>Capítulo VII</i>	98
<i>Capítulo VIII</i>	101
<i>Capítulo IX</i>	106
<i>Capítulo X</i>	109
<i>Capítulo XI</i>	111
<i>Capítulo XII</i>	114
<i>Capítulo XIII</i>	116
<i>Capítulo XIV</i>	119
<i>Capítulo XV</i>	122
<i>Capítulo XVI</i>	126
<i>Capítulo XVII</i>	131
<i>Capítulo XVIII</i>	134
<i>Capítulo XIX</i>	138
<i>Capítulo XX</i>	140
<i>Capítulo XXI</i>	144
<i>Capítulo XXII</i>	147
<i>Capítulo XXIII</i>	150
<i>Capítulo XXIV</i>	156
<i>Capítulo XXV</i>	158
<i>Capítulo XXVI</i>	161
<i>Capítulo XXVII</i>	164
<i>Capítulo XXVIII</i>	167
<i>Capítulo XXIX</i>	171
<i>Capítulo XXX</i>	174
<i>Capítulo XXXI</i>	177
<i>Capítulo XXXII</i>	181

Proemio ¹

Si la historia es el espejo donde las generaciones por venir han de contemplar la imagen de las generaciones que fueron, la novela tiene que ser la fotografía que estereotipe los vicios y las virtudes de un pueblo, con la consiguiente moraleja correctiva ² para aquéllos y el homenaje de admiración ³ para éstas.

Es tal, por esto, la importancia de la novela de costumbres, que en sus hojas contiene muchas veces el secreto de la reforma de algunos tipos ⁴, cuando no su extinción.

En los países en que, como el nuestro, la Literatura se halla en su cuna, tiene la novela que ejercer mayor influjo en la morigeración de las costumbres ⁵, y, por lo tanto, cuando se presenta una obra con tendencias levantadas a regiones superiores a aquéllas en que nace y vive la novela cuya trama es puramente amorosa o recreativa, bien puede implorar la atención de su público para que extendiéndole la mano la entregue al pueblo.

¿Quién sabe si después de doblar la última página de este libro se conocerá la importancia de observar atentamente el personal de las autoridades, así eclesiásticas como civiles, que vayan a regir los destinos de los que viven en las apartadas poblaciones del interior del Perú?

¿Quién sabe si se reconocerá la necesidad del matrimonio de los curas como una exigencia social?

Para manifestar esta esperanza me inspiro en la exactitud con que he tomado los cuadros, del natural, presentando al lector la copia para que él juzgue y falle.

- 1 *Proemio*: tomado del griego proímion “preámbulo”, derivado de oimos “camino”, “marcha”. Se presenta la visión de la autora acerca de la novela: una fotografía que juegue con las dos caras de una misma realidad en tanto moraleja u homenaje
- 2 *Moraleja correctiva*: esta novela de costumbre intenta “corregir”, “atenuar” o “subsananar” los vicios de las generaciones
- 3 *Homenaje de admiración*: más allá de todo vicio, cada generación presenta virtudes que son factibles, según la autora, de ser admiradas
- 4 Tipo: lat. Typus. Tomado a su vez del griego τ_πος como modelo, en este caso, social
- 5 *Morigeración*: virtud que consiste en moderar los apetitos y el uso excesivo de los sentidos, ajustándolos a la razón

Amo con amor de ternura a la raza indígena, por lo mismo que he observado de cerca sus costumbres, encantadoras por su sencillez, y la abyección⁶ a que someten esa raza aquellos mandones de villorrio⁷, que, si varían de nombre, no degeneran siquiera del epíteto de tiranos⁸. No otra cosa son, en lo general, los curas, gobernadores, caciques y alcaldes.

Llevada por este cariño, he observado durante quince años multitud de episodios que, a realizarse en Suiza, la Provenza o la Saboya, tendrían su cantor, su novelista o su historiador que los inmortalizase con la lira o la pluma, pero que, en lo apartado de mi patria, apenas alcanzan el descolorido lápiz de una hermana.

Repito que al someter mi obra al fallo del lector, hágolo con la esperanza de que ese fallo sea la idea de mejorar la condición de los pueblos chicos del Perú; y aun cuando no fuese otra cosa que la simple conmiseración⁹, la autora de estas páginas habrá conseguido su propósito, recordando que en el país existen hermanos que sufren, explotados en la noche de la ignorancia, martirizados en esas tinieblas que piden luz; señalando puntos de no escasa importancia para los progresos nacionales y *haciendo*, a la vez, literatura peruana.

Clorinda Matto de Turner.

6 *Abyección*: bajeza, envilecimiento. En este caso, servilismo e incluso abatimiento que padecen los indígenas.

7 *Mandones de villorrio*: quienes ostentan demasiado su autoridad y mandan más de lo que le toca en una población pequeña. El uso despectivo de villorrio por aldea es otra marca de la subjetividad de la autora.

8 *Epíteto de tiranos*: es el calificativo del tirano el de aquel que tiene contra derecho el gobierno del Estado, rigiendo sin justicia y a medida de su voluntad, desde el abuso del poder o la fuerza -en cualquier concepto o materia-. Desde su visión, la autora presenta una clara enumeración de representantes caracterizados desde esas cualidades.

9 *Conmiseración*: compasión que uno tiene del mal del otro, en este caso, de los pueblos chicos del Perú.

PRIMERA PARTE

Capítulo I

Era una mañana sin nubes, en que la Naturaleza, sonriendo de felicidad, alzaba el himno de adoración al Autor de su belleza.

El corazón, tranquilo como el nido de una paloma, se entregaba a la contemplación del magnífico cuadro.

La plaza única del pueblo de Kíllac mide trescientos catorce metros cuadrados, y el caserío se destaca confundiendo la techumbre de teja colorada, cocida al horno, y la simplemente de paja con alares de palo sin labrar, marcando el distintivo de los habitantes y particularizando el nombre de *casa* para los *notables* y *choza* para los *naturales*.

En la acera izquierda se alza la habitación común del cristiano, el templo, rodeado de cercos de piedra, y en el vetusto campanario de adobes, donde el bronce llora por los que mueren y ríe por los que nacen, anidan también las tortolillas cenicientas de ojos de rubí, conocidas con el gracioso nombre de *cullcu*¹¹. El cementerio de la iglesia es el lugar donde los domingos se conoce a todos los habitantes, solícitos concurrentes a la misa parroquial, y allí se miente y se murmura de la vida del prójimo como en el tenducho¹² y en la era¹³, donde se trilla la cosecha¹³ en medio de la algazara¹⁴ y el copeo¹⁵.

Caminando al Sur media milla, escasamente medida, se encuentra una preciosa casa—quinta notable por su elegancia de construcción, que contrasta con la sencillez de la del lugar; se llama “Manzanares”, fue propiedad del antiguo cura de la doctrina, don Pedro de Miranda y Claro, después obispo de la diócesis, de quien la gente deslenguada hace referencias no santas, comentando hechos realizados durante veinte años que don Pedro estuvo a la cabeza de la feligresía, época en que construyó “Manzanares”, destinada, después,

10 *Cullcu*: Regionalismo. Ave de la familia de las palomas, de color gris

11 *Tenducho*: tienda en mal estado y pobremente abastecida

12 *Era*: espacio de tierra firme y limpia, algunas veces empedrado, donde se trillan las mieses -cereal maduro-

13 *Trilla de la cosecha*: momento de la separación del grano de la paja quebrantando la mies tendida en la era ya sea, como debe ser en este caso, con el pisoteo de las bestias o con el trillo o la trilladora

14 *Algazara*: ruido o gritería de una o muchas voces juntas

15 *Copeo*: acción y efecto de copear -tomar copas-

a residencia veraniega de Su Señoría Ilustrísima.

El plano alegre rodeado de huertos, regado por acequias ¹⁶ que conducen aguas murmuradoras y cristalinas, las cultivadas pampas ¹⁷ que le circundan y el río que le baña, hace de Kíllac una mansión harto poética.

La noche anterior cayó una lluvia acompañada de granizo y relámpagos, y, descargada la atmósfera dejaba aspirar ese olor peculiar a la tierra mojada en estado de evaporación: el sol, más riente y rubicundo¹⁸, asomaba al horizonte, dirigiendo sus rayos oblicuos sobre las plantas que, temblorosas, lucían la gota cristalina que no alcanzó a caer de sus hojas. Los gorriones y los torcos, esos alegres moradores de todo clima frío, saltaban del ramaje al tejado, entonando notas variadas y luciendo sus plumas reverberantes.

Auroras de diciembre espléndidas y risueñas, que convidan al vivir: ellas, sin duda, inspiran al pintor y al poeta de la patria peruana.

16 *Acequias*: canal por donde se conducen las aguas

17 *Pampas*: cualquiera de las llanuras extensas de América meridional que no tienen vegetación arbórea

18 *Rubicundo*: persona de buen color

Capítulo II

En aquella mañana descrita, cuando recién se levantaba el sol de su tenebroso lecho, haciendo brincar, a su vez, al ave y a la flor, para saludarle con el vasallaje de su amor y gratitud, cruzaba la plaza un labrador arreando su yunta de bueyes, cargado de los arreos de labranza y la provisión alimenticia del día. Un yugo¹⁹, una picana²⁰ y una coyunta²¹ de cuero para el trabajo, la tradicional chuspa²² tejida de colores, con las hojas de coca y los bollos de llipta²³ para el desayuno.

Al pasar por la puerta del templo, se sacó reverente la monterilla²⁴ franjeada, murmurando algo semejante a una invocación: y siguió su camino, pero, volviendo la cabeza de trecho en trecho, mirando entristecido la choza de la cual se alejaba.

¿Eran el temor o la duda, el amor o la esperanza, los que agitaban su alma en aquellos momentos?

Bien claro se notaba su honda impresión.

En la tapia de piedras que se levanta al lado Sur de la plaza, asomó una cabeza, que, con la ligereza del zorro, volvió a esconderse detrás de las piedras, aunque no sin dejar conocer la cabeza bien modelada de una mujer, cuyos cabellos negros, largos y lacios, estaban separados en dos crenchas, sirviendo de marco al busto hermoso de tez algo cobriza, donde resaltaban las mejillas coloreadas de tinte rojo, sobresaliendo aún más en los lugares en que el tejido capilar era abundante.

Apenas húbose perdido el labrador en la lejana ladera de *Cañas*, la cabeza escondida detrás de las tapias tomó cuerpo saltando a este lado. Era una mujer rozagante por su edad, y notable por su belleza peruana. Bien conta-

19 *Yugo*: instrumento de madera al cual, formando una yunta, se unen, atan, las mulas o los bueyes, y en el que va sujeta la lanza, el timón del arado, entre otros

20 *Picana*: Aguijada o garrocha de caña. (N. del A.)

21 Modismo de *coyunda*: sogas con que unen los bueyes al yugo. (N. del A.)

22 *Chuspa*: Bolsón tejido de lana, que los indios penden del cinturón para guardar la coca. (N. del A.)

23 *Llipta*: Estimulante, preparado con lejía y salitre que los indios mascan con la coca. (N. del A.)

24 *Monterilla*: gorro tejido de lana típico de los Andes, en punta y con cubreorejas, habitualmente a franjas muy coloridas

dos tendría treinta años, pero su frescura ostentaba veintiocho primaveras a lo sumo. Estaba vestida con una *pollerita*²⁵ flotante de bayeta azul oscuro y un corpiño de pana café, adornado al cuello y bocamangas con franjas de plata falsa y botones de hueso, ceñía su talle.

Sacudió lo mejor que pudo la tierra barrosa que cayó sobre su ropa al brincar la tapia y en seguida se dirigió a una casita blanquecina cubierta de tejados, en cuya puerta se encontraba una joven, graciosamente vestida con una bata de granadina color plomo, con blondas de encaje, cerrada por botonadura de concha de perla, que no era otra que la señora Lucía, esposa de don Fernando Marín, matrimonio que había ido a establecerse temporalmente en el campo.

La recién llegada habló sin preámbulos a Lucía y le dijo:

—En nombre de la Virgen, *señoracha*²⁶, ampara el día de hoy a toda una familia desgraciada. Ese que ha ido al campo cargado con las *cacharpas*²⁷ del trabajo, y que pasó junto a ti, es Juan Yupanqui, mi marido, padre de dos muchachitas. ¡Ay señoracha!, él ha salido llevando el corazón medio muerto, porque sabe que hoy será la *visita del reparto*, y como el cacique hace la faena del sembrío de cebada, tampoco puede esconderse porque a más del encierro sufriría la multa de ocho reales por la *falla*²⁸, y nosotros no tenemos plata. Yo me quedé llorando cerca de *Rosacha* que duerme junto al fogón de la choza y de repente mi corazón me ha dicho que tú eres buena; y sin que sepa Juan vengo a implorar tu socorro, por la Virgen, señoracha, ¡ay, ay!

Las lágrimas fueron el final de aquella demanda, que dejó entre misterios a Lucía, pues residiendo pocos meses en el lugar, ignoraba las costumbres y no apreciaba en su verdadero punto la fuerza de las *cuitas*²⁹ de la pobre mujer, que desde luego despertaba su curiosidad.

Era preciso ver de cerca aquellas desheredadas criaturas, y escuchar de sus labios, en su expresivo idioma, el relato de su actualidad, para explicarse la simpatía que brota sin sentirlo en los corazones nobles, y cómo se llega a ser parte en el dolor, aun cuando sólo el interés del estudio motive la observación de costumbres que la mayoría de peruanos ignoran y, que lamenta un reducido número de personas.

En Lucía era general la bondad, y creciendo desde el primer momento el interés despertado por las palabras que acababa de oír, preguntó:

—¿Y quién eres tú?

—Soy Marcela, señoracha, la mujer de Juan Yupanqui, pobre y desamparada —contestó la mujer secándose los ojos con la bocamanga del jubón³⁰ o corpiño.

25 *Pollerita*: Diminutivo de pollera: saya o falda corta. (N. del A.)

26 *Señoracha*: Modismo quechizado, diminutivo de señora. (N. del A.)

27 *Cacharpas*: Aperos o herramientas. (N. del A.)

28 *Multa de ocho reales por la falla*: cantidad de dinero que se le imponía tanto al indio como al mestizo por cada día que no prestaba servicio comunal en los cuarenta que anualmente le eran obligatorios

29 *Cuitas*: trabajos, desventuras

30 *Jubón*: vestido ceñido que cubre desde los hombros hasta la cintura

Lucía púsole la mano sobre el hombro con ademán cariñoso, invitándola a pasar y tomar descanso en el asiento de piedras que existe en el jardín de la casa blanca.

—Siéntate, Marcela, enjuga tus lágrimas que enturbian el cielo de tu mirada, y, hablemos con calma —dijo Lucía, vivamente interesada en conocer a fondo las costumbres de los indios.

Marcela calmó su dolor, y, acaso con la esperanza de su salvación, respondió con minucioso afán al interrogatorio de Lucía y fue cobrando confianza tal, que la habría contado hasta sus acciones reprensibles, hasta esos pensamientos malos, que en la humanidad son la exhalación de los gérmenes viciosos. Por eso en dulce expansión le dijo:

—Como tú no eres de aquí, *niñay*³¹, no sabes los martirios que pasamos con el cobrador, el cacique y el *tata cura*³², ¡ay!, ¡ay! ¿Por qué no nos llevó la *Peste* a todos nosotros, que ya dormiríamos en la tierra?

—¿Y por qué te confundes, pobre Marcela? —interrumpió Lucía—. Habrá remedio; eres madre y el corazón de las madres vive en una sola tantas vidas como hijos tiene.

—Sí, *niñay* —replicó Marcela—, tú tienes la cara de la Virgen a quien rezamos el Alabado y por eso vengo a pedirle. Yo quiero salvar a mi marido. Él me ha dicho al salir: “Uno de estos días he de arrojarme al río porque ya no puedo con mi vida, y quisiera matarte a ti antes de entregar mi cuerpo al agua”, y ya tú ves, señoracha, que esto es desvarío.

—Es pensamiento culpable, es locura, ¡pobre Juan! —dijo Lucía con pena, y dirigiendo una mirada escudriñadora³³ a su interlocutora, continuó—: Y ¿qué es lo más urgente de hoy? Habla, Marcela, como si hablaras contigo misma.

—El año pasado —repuso la india con palabra franca—, nos dejaron en la choza diez pesos para dos quintales de lana. Ese dinero lo gastamos en la *Feria* comprando estas cosas que llevo puestas, porque Juan dijo que reuniríamos en el año vellón a vellón, mas esto no nos ha sido posible por las *faenas*, donde trabaja sin socorro; y porque muerta mi suegra en Navidad, el *tata cura* nos embargó nuestra cosecha de papas por el entierro y los rezos. Ahora tengo que entrar de *mita*³⁴ a la casa parroquial, dejando mi choza y mis hijas, y mientras voy, ¿quién sabe si Juan delira y muere? ¿Quién sabe también la suerte que a mí me espera, porque las mujeres que entran de *mita* salen... mirando al suelo!

—¡Basta!, no me cuentes más —interrumpió Lucía, espantada por la gradación que iba tomando el relato de Marcela, cuyas últimas palabras alarmaron a la candorosa paloma, que en los seres civilizados no encontraba más que monstruos de codicia y aun de lujuria.

31 *Niñay*: «Mi niña», aplicado a señoritas de clase alta (N. del A.)

32 *tata cura*: Párroco, tata o taita se emplean como tratamiento de respeto. (N. del A.)

33 *Mirada escudriñadora*: mirada que logra inquirir, averiguar

34 *Mita*: Servicio gratuito y forzoso de las mujeres en la casa del párroco y las autoridades. En Perú y Bolivia se practica la mita o mitani de trabajos forzados en la mina desde la época precolombina. Se mantiene a lo largo de la Colonia, hasta su abolición por el real decreto de 1720. (N. del A.)

—Hoy mismo hablaré con el gobernador y con el cura, y tal vez mañana quedarás contenta —prometió la esposa de don Fernando, y agregó como despidiendo a Marcela—: Anda ahora a cuidar de tus hijas, y cuando vuelva Juan tranquilízalo, cuéntale que has hablado conmigo, y dile que venga a verme.

La india, por su parte, suspiraba satisfecha por primera vez en su vida.

Es tan solemne la situación del que en la suprema desgracia encuentra una mano generosa que le preste apoyo, que el corazón no sabe si bañar de lágrimas o cubrir de besos la mano cariñosa que le alargan, o sólo prorrumpir en gritos de bendición. Eso pasaba en aquellos momentos en el corazón de Marcela.

Los que ejercitan el bien con el desgraciado no pueden medir nunca la magnitud de una sola palabra de bondad, una sonrisa de dulzura que para el caído, para el infeliz, es como el rayo de sol que vuelve la vida a los miembros entumecidos por el hielo de la desgracia.